

RECUPERACIÓN DE LA FILOSOFÍA DE NIETZSCHE HACIA UNA VISIÓN VITALISTA EN LA ACTUALIDAD



Dolly Toro

basarse en preceptos metafísicos, que alejan por completo a los seres humanos de su realidad, y por consiguiente, los valores que nacen de lo vital y de lo sensible.

De ese modo, se cuestionará la verdad absoluta inmanente en la religión y quizá en la ciencia, la cual es capaz de cercenar los impulsos naturales de los individuos para instaurar valores desde bases inexistentes. Así, se verá cómo es posible llevar a cabo una erradicación y luego una consolidación de nuevos valores que instauren una nueva moral, más sincera con la vida, de donde resulta el accionar con sentido desde la voluntad de poder que constituye la realidad.

Por último, se pretende dar un breve esbozo del pensamiento de Friedrich Nietzsche, de manera que se reconozca de qué forma el hombre puede dar un nuevo inicio a la construcción del sentido, a partir del nihilismo activo, cuya propuesta no pretende que los hombres se queden sin rumbo, en la nada y sin aspiración, sino que se apropien de la vida misma dando una viabilidad a su vitalidad que aguarda encerrada tras la prisión de la cultura occidental, alimentada desde el inicio por el pensamiento de Sócrates, a quien describe en su libro el *Ocaso de los ídolos* como un “despreciador del cuerpo”, un enfermo que “estaba harto de vivir” y “deseaba la muerte” (p. 1988).

De ahí que la filosofía de Nietzsche busca el despertar del hombre hacia la transvaloración, en un mundo donde no es permitido experimentar la vida en todas las dimensiones, por el arraigo de los dogmas y los paradigmas instaurados a lo largo de su historia, los cuales fomentan el temor y la monotonía. Aunque la filosofía de Nietzsche causa controversia y es estigmatizada, no es correcto dejarse llevar por el prejuicio y reproducirlo sin reflexionar los alcances de esta, además de su aporte hacia el vitalismo, el cual, si se rescata quizá pueda hacer hombres nuevos, con un aire menos indiferente y más creativos, porque como él mismo decía en uno de sus fragmentos póstumos referente a la interpretación:

..... precisamente no hay hechos, sino solo interpretaciones. No podemos constatar ningún hecho “en sí”; tal vez sea un absurdo querer algo por el estilo. “Todo es subjetivo” decís; pero esta ya es una interpretación, el “sujeto” no es nada dado, es solo algo añadido por la imaginación, algo añadido después. ¿Es, en fin, necesario poner todavía al intérprete detrás de la interpretación? Ya esto es invención, hipótesis (Nietzsche, 2006, pp. 2-3).

Así, Nietzsche invita a cuestionar la realidad, la verdad y lo real, a comprender las palabras, la metáfora y la creación, porque los sucesos van quedando en la memoria, pero su única conexión con el presente termina siendo un hilo frágil de una narración que queda a merced de otras interpretaciones.

Palabras clave: eterno retorno, nihilismo, transvaloración, vitalismo, voluntad de poder.

EL NIHILISMO

La noción del nihilismo vista desde Nietzsche es comprendida a partir de la interpretación de la falta de sentido, que se instaura en el hombre al suprimir el mundo suprasensible de sus creencias, puesto que este mundo metafísico es el que otorga significado a cada estadio del ser humano. Se tiene que añadir, que después de abolir esta creencia se debe ver el nihilismo desde dos perspectivas: por un lado, el nihilismo pasivo, el cual no se inmuta, se deja sumergir en negatividad después de descubrir la no existencia del mundo suprasensible, así que es fatigado, sin posibilidades, que tiene la tendencia a la muerte y al desdén; por el otro, el nihilismo activo, el cual está cargado de intención, toma fuerza y cambia la realidad del espíritu sembrando el orgullo y la vitalidad que llevará al hombre a ser superado por sí mismo (Nietzsche, 1882).

De esa manera, en este apartado se reconoce de dónde proviene el nihilismo de Nietzsche, así que, al hablar del pensamiento de este filósofo, inmediatamente se debe partir de la idea de la *muerte de Dios*. Sin embargo, más allá de la idea de un ateo anunciando la muerte de Dios, su afirmación pretende liberar a los hombres con algún grado de conciencia de las cadenas del dogma, aquel asesinato simbólico de un ser que nace de la necesidad humana por explicar el mundo atribuyendo a un “algo” superior lo que su raciocinio no alcanza a concebir, entonces el universo se nos presenta ante los ojos como a través de un espejo, el cual sería la concepción humana, pero que no alcanza a percibir la realidad en su totalidad, de manera que quien da por hecho la existencia de Dios, no necesita pensar en el porqué, puesto que todo ya está ordenado a través de su existencia divina, y de cierta manera justifica su propia imperfección como hombre.

Lo anterior es el resultado de la adaptación del pensamiento de Platón en la religión cristiana, para quien la perfección solo se alcanza a través del mundo suprasensible, el mundo de las ideas, siendo el mundo sensible imperfecto y despreciable. En este sentido, Platón asevera que el cuerpo es la cárcel del alma, siendo el alma de naturaleza

inteligible, inmutable, inmortal, cercana a lo divino porque se comprende a partir de la inteligencia, es decir de la mente, lo racional; en cambio el cuerpo es concebido a partir de los sentidos, nace en el mundo, por lo cual es mutable y mortal, animado por el alma. Por lo tanto, como los placeres corpóreos hacen parte del mundo sensible, estos nos conducen a lo animal, lo instintivo y no a lo espiritual como fin último. Así, la religión cristiana introduce que se deben menospreciar los placeres del cuerpo creando un prejuicio hacia el mundo dionisiaco. Esta postura muestra una negación a la naturaleza donde lo instintivo, propio de seres mundanos, es decir, seres pertenecientes al mundo real, debe ser erradicado, conduciendo a la humanidad a la represión de los deseos y a aborrecer aquello que los hace seres reales. Por consiguiente, el mundo suprasensible, aunque perteneciente únicamente a lo abstracto y no a lo concreto, ejerce sobre el hombre un poder que lo reprime, dicho poder es usado a través del cristianismo para mantener el dominio sobre las personas que se rigen por medio de sus consignas, bajo la amenaza de la no salvación de sus adeptos si no se rigen a su sistema represivo.

Viendo al hombre occidental atado a estas cadenas religiosas de las que los hombres comunes no se percatan, Nietzsche nos “martilla la cabeza” con sus reflexiones al decir:

..... ¡Busco a Dios!, ¿Dónde está Dios?... Lo hemos matado: ¡vosotros y yo!
 Todos somos su asesino. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo
 hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos prestó la esponja para borrar
 el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos la tierra de su sol?
 ¿Hacia dónde caminará ahora? ¿Hacia dónde iremos nosotros? ¿Lejos de
 todos los soles? ¿No nos caemos continuamente? (Nietzsche, 1882, p. 81).

Nietzsche describe un contexto en el que el hombre podría estar perdido en medio del universo sin explicaciones fantásticas, sin justificar sus pecados e inmoralidad, preguntándose qué va a hacer y a ser en medio de la nada, sin quién perdone sus deseos e instintos más bajos y ruines, por consiguiente, prosigue: “¿No tendremos que volvernos nosotros mismos dioses para parecer dignos de ella?” (Nietzsche, 1882, p. 81). Así es como concibe el nihilismo activo, imperante, que emerge con un propósito en medio de la nada para que el hombre se convierta en algo nuevo y libre, en el suprahombre.

Del mismo modo, el filósofo induce a pensar que aquel Dios que es un dictador que observa desde el cielo, es simplemente una ilusión que se busca bajo la necesidad de orden y seguridad, por tanto, el sujeto está encadenado a una idea platónica cuyo fundamento persiste en el cristianismo, porque advierte solamente lo que alcanzan sus sentidos. Sin embargo, no conformes con eso, se le atribuyen dimensiones metafísicas no comprobables inducidas mediante la fe, volviéndolo mágico, tanto alucinan-

tes como alicientes que llevan al ser humano a conformarse con lo que el imaginario colectivo cree, convirtiendo al humano en aquel animal gregario que no distingue la existencia fuera de su rebaño aceptando simplemente su condición dentro de un orbe engegueda por las ilusiones.

De esta manera, el autor de *Así habló Zaratustra* le sustrae el valor al dogma y se lo entrega a la vitalidad. Con él se inicia una crítica a la metafísica y las ideas de valores superiores proclamándose como verdad. Así, el individuo se sumerge por el nihilismo nietzscheano con la muerte de Dios, para recuperar al hombre que aún se encuentra perdido en las normativas de la religión, que persisten detrás del giro copernicano de la Era Moderna, la Ilustración y el humanismo, convirtiendo al hombre en un animal encadenado por el dogma. Entonces se puede afirmar que, para que dicha recuperación sea posible los humanos necesitan aceptar la muerte de Dios, haciendo que emerja la voluntad de poder para iniciar con la transmutación de los valores, que solo, y solo si es posible, destruyendo aquellos valores impuestos por planos metafísicos dejando en pleno al mundo real, para ser creadores del sentido a través de aquellos espíritus vitales y superiores que darán a luz al suprahombre.

Grosso modo se evidencia que para Nietzsche la imperfección proviene del mundo metafísico, simplemente porque no existe, es incognoscible en la medida que es improbable a través de los sentidos, mientras que sí se centra en el mundo sensible, ya que es probable un acercamiento a lo real, por esto propone eliminar el mundo suprasensible, lo cual, finalmente lleva a una privación del sentido, que en la transmutación de los valores lo acercará al devenir de la vida, la realidad a través de la voluntad de poder del suprahombre quien le regresará el sentido a lo vital. Haciendo énfasis en lo anterior, veamos un aparte de lo escrito en *Así habló Zaratustra* por Nietzsche, en el cual expresa:

En otro tiempo el delito hacia Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con él han muerto también esos delincuentes. ¡Ahora lo más horrible es delinquir contra la tierra y apreciar las entrañas de lo inescrutables más que el sentido de la tierra! (Nietzsche, 1885, p. 6).

Nos expone a la afirmación del mundo sensible como realidad que vale la pena vivir y, al hombre como el protagonista que es capaz de transformarla, así mismo si no hay una moral dogmática que seguir, entonces va a reclamar sus propios principios siendo libre y acreedor de la vitalidad por medio del significado que le entregue a lo real.

Ahora bien, en el *Ocaso de los ídolos*, al referirse a Sócrates, interpreta la aceptación de su sentencia como una metáfora hacia el hastío de vivir reflejando a la muerte como un antídoto, puntualiza severamente que, Sócrates estaba harto de vivir, y hace una reflexión en torno a que el filósofo griego corrompía a los jóvenes, no por invitarlos a vivir, sino por inducirlos a la metafísica y enseñarles ese tipo de valores por medio de la dialéctica que cercenaba el mundo real, demostrando que la vida no valía nada, desangrando la vitalidad con sus medios. Así mismo, Nietzsche desdeñaba a un ídolo de la filosofía occidental, en la transición que lo posiciona en un punto hacia el nihilismo pasivo:

El moralismo de los filósofos griegos que aparece a partir de Platón está condicionado patológicamente; y lo mismo cabe decir de su afición por la dialéctica. Razón = virtud = felicidad equivale sencillamente a tener que imitar a Sócrates e instaurar permanentemente una luz del día —la luz del día de la razón—, contra los apetitos oscuros. Hay que ser inteligente, diáfano, lúcido a toda costa: toda concesión a los instintos, a lo inconsciente, conduce hacia abajo [...] (Nietzsche, 1988, p. 11).



Por eso antes de creer que un sabio tiene la verdad absoluta conservada tras su aspecto, Nietzsche invita a la sospecha, a preguntar por sus condicionamientos y el porqué de sus juicios antes de idolatrarlos y seguirlos ciegamente, puesto que a la larga ellos pueden llegar a ser los constructores de las creencias populares.

En su cuestionamiento señala, entre tanto, a preguntarse porqué creer sin ningún reparo aquello que dicen quienes son considerados sabios, sin hacer ninguna clase de objeción y tomar lo que está escrito como ley, sin antes hacer pruebas de su veracidad. Ahora, hay que entrar a considerar que la verdad la construye el hombre a través de su manejo del lenguaje en relación con su historia, por tanto, tiene el poder para crear la realidad haciéndose fuerte a partir del significado, con solo hilar los hechos hacia el presente.

En contraste, en el texto deja ver su simpatía por Heráclito, en el cual simpatiza con tres pilares de su pensamiento: (1) el devenir, el constante cambio que denota movimiento y vitalidad, (2) la reflexión sobre los sentidos, aunque les resta importancia, (3) concepto de la nada. Teniendo en cuenta su apasionamiento por la cultura griega, no es absurdo decir que para el filósofo alemán toma fuerza desde la tragedia griega, interpretando el devenir considerado en el pensamiento de Heráclito para dar forma a su pensamiento, así que Nietzsche no descarta al pensador de Éfeso, por el contrario, desarrolla algunos de los conceptos del oscuro, puesto que también lo movía el orgullo que lo caracterizaba, de donde resulta que Nietzsche lo haya dejado en un lugar privilegiado pese a su crítica a los sentidos.

Ya en este punto, no se puede dejar de lado que Nietzsche expresaba que había dos tipos de personas en esta sociedad: el que agachaba la cerviz y el que la erguía siendo capaz de abolir aquello que lo hacía agazaparse, imponiendo el sentido del que él mismo era creador llegando a la voluntad de poder.

Lo anterior basta para ilustrar que Nietzsche no estaba a favor del débil, sino del más fuerte, indiscutiblemente esta fue una de las motivaciones por las que se tomó su filosofía para argumentar el nazismo, le dio fuerza a una nación que despertó del letargo en que los tenía los burgueses, y el suprahombre (en sentido figurado), se convirtió en un gran verdugo de derechos humanos, gracias a la interpretación que se le dio a sus palabras desde el dogmatismo, el cual él mismo criticaba, un dogma que se inclina al lado del poder de turno.

Paradójicamente se tomaron literal la muerte de Dios y la llegada del nihilismo, viéndose envueltos en una de sus célebres frases “no existen hechos solo interpretaciones”, que marcaron la historia del mundo para siempre, para quienes piensan en la inocencia de Nietzsche frente a estos hechos, es fácil reflexionar a quién se le dirige un discurso en la medida que se conoce los alcances de la mente humana. En ese sentido, un filósofo no es inocente, por el contrario, está en su quehacer la transformación, la crítica a lo establecido y el rechazo a aquello que coarta la libertad, aunque sea inminente. Así Nietzsche enaltece la guerra, el odio, y no considera la compasión como una

opción, por eso en *El Anticristo* aclara que el “único cristiano ha muerto en la cruz” y en el *Zaratustra* que “su compasión por los hombres lo ha crucificado”.

Para resumir, se parte de la hipótesis que el nihilismo de Nietzsche inicia el anunciamiento de la muerte de Dios, cuyo hecho simbólico deja sin argumentos al hombre para explicar y justificar el mundo a partir de bases metafísicas, por consiguiente, si no está el mundo suprasensible al que se le atribuye la perfección y los valores póstumos de la vida, solo queda el mundo sensible, de ahí la confrontación con la nada, teniendo en cuenta que si al hombre le quita la creencia y su fe queda en el vacío, como en un limbo, es decir, sin sentido. En consecuencia, le quedan dos opciones, asumir el nihilismo pasivo y dejar pasar sus días así, o ser fuerte y asumir el nihilismo activo donde es consciente de la transmutación de los valores que se vitalizan en el devenir, crea su propia verdad entregando sentido a la vida, y, por lo tanto, rigiéndose por la voluntad de poder.

Por lo que se refiere a la moral, son valores endebles del mundo suprasensible que se descartan por su no existencia. Al estar sujetos a bases metafísicas para encontrar una moral perteneciente al mundo real, se debe buscar los valores en el mundo sensible, reconociendo qué se valora en el mundo de la vida, para llegar a reconocer las formas éticas y morales de los individuos. No obstante, para confluir en esta se debe comprender y ejercer la voluntad de poder y la transmutación de los valores.

Los hombres son quienes crean la verdad a través de los conceptos, sin embargo, no es el hombre común débil que se confunde en el rebaño, sino aquel que tiene un espíritu superior, que se caracteriza por el devenir y la creatividad a partir de lo que se le presenta como verdad, dentro de su contexto y su experiencia con el mundo; cuando lanza una mirada hacia el rededor, se puede dar cuenta de que Nietzsche puede ser interpretado de muchas formas, un ejemplo de ello es la Alemania del holocausto, en la cual, el llevar al extremo su pensamiento, causó grandes cicatrices en la humanidad.

Ahora bien, cabe pensar cómo Nietzsche creyó adelantarse a su época, creando su intempestividad, si se recapacita sobre el caso hipotético de que el filósofo hubiera nacido en este tiempo, quizá pensaría lo mismo, y sería entendido de la misma forma que en su tiempo, hoy en día no existen los burgueses bajo la misma clasificación, pero el mundo neoliberal sigue en declive, en el yugo de las ataduras morales que se basan en la idolatría de un sistema económico que utiliza la inmediatez de los recursos mediáticos para manipular los gustos de las personas a través de la moda, coartando la originalidad que da comienzo a la verdadera experiencia estética, la subjetividad está vendida a los medios de comunicación.

Aún el hombre está atado al dogma, a pesar de los avances tecnológicos el sujeto no es libre ni creador de su propio sentido, la instrumentalización se adueñó del mundo civilizado y, en definitiva, los hombres son esclavos de la religión, de la economía, siendo preciso abolir el pensamiento crítico en países de la periferia, para que el poder corrupto siga al mando, mientras al pueblo se le educa y se le alimenta en la ignorancia porque no se entera de la realidad; hay tanta frivolidad en el mundo, sembrada por la codicia que ni siquiera es capaz de levantar la cabeza sino que vive agazapada y es aceptada por todos, por este motivo Nietzsche es intempestivo.

EL VITALISMO

Nietzsche nace en un mundo que necesita un cambio, un lugar donde los hombres dejan de lado su vida propia para sumirse en la concepción ideal, allí donde atan el instinto propio de los seres naturales expresos a la vida, para entregarse a una muerte de su Ser viviente y deambular por las calles sin sentido, con las pasiones desangradas, lánguidos después de dejar que las instituciones cristianas y racionales succionaran su vitalidad, propone que para dejar de lado las cadenas propias de nuestra cultura se requiere reconocer el cuerpo y dejar de ser su despreciador, comprender que la vida transcurre entre el dolor y placer sin desdeñar ninguno de los dos estados, que deben vivirse con intensidad cuando se presenten, porque hacen parte de la vida misma estando más allá del bien y del mal, encontrándose en un equilibrio entre lo apolíneo y lo dionisiaco, donde el hombre sea capaz de transformarse del camello que carga los valores morales, sometido al cristianismo, en un león que se enfrenta y vence en busca de su libertad, que finalmente se convierte en un niño capaz de construir nuevos valores conforme a su vida.

En Nietzsche se hace imperativo cambiar el paradigma que esclaviza a los humanos, siendo la muerte de Dios la única vía, así teje su filosofía, muestra dos escenarios, por un lado el que se ahoga en el lamento, que no es capaz de crear porque le han robado toda su doctrina, aquella que le conserva el deseo de mantenerse en un rebaño que lo provisiona de lo que necesita para mantenerse con convicción, es decir, un contexto en el cual el sujeto se condiciona para ser un animal gregario durante toda su vida, en el cual su vitalidad se extingue con él, sin encontrar la guía del dogma.

Por otro lado, tenemos aquella necesidad que surge a partir de la destrucción del mundo suprasensible de mantener su vitalidad encendida, en un estado de supervivencia

natural que posee cualquier ser, en este orden de ideas nos plantea que, sin Dios, sin aquella abstracción, la cual nos envuelve en lo irreal viviendo en una mentira, nos sumergimos en el mundo sensible, de modo que el hombre empezará a ser el creador de su experiencia basado en lo real de su propia vida. Con lo anterior no se quiere decir que se envuelva en un nuevo dogma, aunque es una posibilidad que seguramente se dará en el primer caso, sino que reconocerá su vida en la tierra y la potencializará en la realidad para ser generador de sus valores, por tanto, hará un camino que le pertenece y sus pasos estarán equipados de su propia moral sin censura, con la convicción intrínseca que él mismo le entrega, su marcha se forjará a través del conocimiento de su experiencia sensible y, en esa medida de la voluntad propia, sin convencimiento de ningún medio que lo haya manipulado, porque su pereza mental y necesidad de estado de confort se han ido con aquel mundo suprasensible, castigador y vigilante.

Dicho lo anterior, se observa que el vitalismo emerge de la creación del hombre a partir del nihilismo activo, una creación consecuente del mundo sensible al que pertenece y provisiona sin abstracción, pero con realidad, donde se entrega a la verdad que él mismo ha consolidado a partir del sentido, se convierte así en el hacedor de su propia doctrina, por ende de su voluntad, donde el arte lo fundamenta, a través de lo dionisiaco y la exaltación de su propia naturaleza, de modo que tendrá de nuevo el equilibrio entre lo dionisiaco y lo apolíneo, la justa medida entre las pasiones y las virtudes para que el hombre viva plenamente sin ningún prejuicio religioso o racional que se lo impida.

Ahora bien, hasta el momento se ha hablado de dos interpretaciones importantes de Nietzsche a partir de su comprensión del mundo; en primera medida la segregación de Dios sobre la existencia del hombre, en segundo lugar, la imposición del mundo racional para dormir el instinto del hombre, que intenta llevarlo solo por el camino de la virtud, entonces es necesario hablar sobre una de las concepciones más llamativas de Nietzsche: el mundo dionisiaco. Aquel mundo de los excesos y la embriaguez que el racionalismo ha buscado dormir para que la virtud sea la única senda del hombre, haciendo esta salvedad se comprenderá mejor después de la siguiente ilustración.

Hay que destacar que, para el autor, Schopenhauer es una de sus influencias más marcadas. Aunque también haya sido objeto de sus críticas, él es uno de los filósofos con los que articula toda su crítica hacia la cultura occidental, sin dejar de lado a Hegel con su concepto de espíritu e historicidad. Para Schopenhauer el hombre es el resultado de su voluntad, un fenómeno que viene del movimiento de los propios deseos humanos, en muchos casos infundados por terceros, que se rige por la ley de la causalidad y que entrega la luz al mundo del hombre, solo como representación que subyace a la verdad, en esa medida la voluntad que no logra satisfacer sus deseos lleva al hombre

a la desdicha convirtiendo la vida en sufrimiento, por eso oscilamos en un vaivén entre el dolor y el aburrimiento, porque al sujeto “le duele” no obtener lo que “desea”, y si lo obtiene le “aburre” puesto que siempre quiere más.

Para lo dicho hay tres salidas según Schopenhauer: La vida de meditación, la práctica de la compasión y la experiencia estética. Pero, ¿qué sucedería si el escepticismo de Schopenhauer expresado en “el mundo como representación” se transmuta a los nuevos valores consagrados por Nietzsche y el suprahombre? Entonces tendríamos una relación entre la concepción de la voluntad de vivir y la voluntad de poder, sin dejar atrás el surgimiento del mundo dionisiaco, que se fundamenta a través de la experiencia estética.

De modo que Friedrich Nietzsche, para algunos, parte del escepticismo y lo transforma en el vitalismo de su filosofía, y en este orden de ideas el hombre como creador del sentido por medio de su voluntad, renuncia a ser un animal gregario y busca proporcionar significado a su realidad, después de estar de cara con la nada por la muerte de Dios.

Otros lo pueden ver como la transformación de escepticismo en nihilismo activo, aquel que potencializa la existencia humana. De igual modo, de esta evidencia de la experiencia estética emerge aquello que llena de vida al hombre, independiente del dolor o la alegría que pueda ocasionar, puesto que se trata de vida, y la vida encierra dolor pero también placer, entonces se acepta con todo ello, así como la tragedia griega integraba estas tensiones antagónicas a pesar de todas sus consecuencias se vivía con pasión cada acto, se trata del accionar del verbo vivir, en ese sentido dar vitalidad a la vida que se encierra en el dogma acabando con este. En consecuencia, recuperar el mundo dionisiaco, la representación de los excesos, puesto que es aquel que encarna la aceptación del ser humano tal y como es, porque a través de la locura y la embriaguez los hombres se muestran realmente, sin atadura de prejuicios que pretendan agradar al más mínimo ser.

De esta manera, si aflora el mundo dionisiaco, se logrará hacer un camino propio y ser acreedores de principios genuinos, con una moral que se acerca a la realidad humana, no al Dios dictador que llena de miedo al hombre de ser castigados o destruidos, por no ceñirse a una norma que ni termina de comprender. Habría que decir que también se está más cerca de esta aceptación de la vida a través de la experiencia estética, explorando las sensaciones que se presentan de manera somática por todo el cuerpo, mientras tiene el acercamiento a una realidad artística, sea cual sea su naturaleza, puesto que mueve la conciencia haciendo que los sentidos se abran a la posibilidad de las sensaciones más sublimes sin dejar de **ser** en el mundo, sin relacionarlo con fuerzas mágicas o cercanía a enigmas metafísicos, por el contrario, siendo conscientes

que la realidad solo tiene una explicación a partir de la vida misma y que no es imposible llegar a algo concreto haciendo alarde de realidad cuando se suprime la vida, los deseos y las pasiones que en ella se encuentran.

Al considerar que con Nietzsche la vida se fundamenta en lo sensible, no es absurdo pensar en la vida como lo absoluto, porque no hay nada que la edifique sino ella misma, es decir que sirve por sí misma como apoyo a ella misma, y por consiguiente es aceptada en todas sus dimensiones teniendo en cuenta que llega a ser creación y destrucción, instinto y razón, placer y dolor, por consiguiente, la metafísica y la ética deben ceñirse a los valores de la existencia y de opuestos en el devenir, si se intenta llevarlos más allá de lo existente pierden su validez, porque están sujetos al dinamismo de la voluntad de poder, a el eterno retorno como es expresado en el siguiente aparte:

Desde que conozco mejor el cuerpo, —dijo Zaratustra a uno de sus discípulos— el espíritu no es ya para mí más que un modo de expresarse; y todo lo ‘impecedero’ —es también sólo un símbolo». Vendré otra vez, con este sol, con esta tierra, con esta águila, con esta serpiente —no a una vida nueva o a una vida mejor o a una vida semejante: — vendré eternamente de nuevo a esta misma e idéntica vida, en lo más grande y también en lo más pequeño, para enseñar de nuevo el eterno retorno de todas las cosas, —para decir de nuevo la palabra del gran mediodía de la tierra y de los hombres, para volver a anunciar el superhombre a los hombres (Nietzsche, 1885, p. 78).

Sin lugar a dudas, al pensar en dinamismo con Nietzsche se debe pensar en el eterno retorno, cuya comprensión se precisa en el suprahombre y la voluntad de poder, si se habla que las situaciones se repiten al enfrentarse fuerzas finitas (objeto) e infinitas (tiempo) para dar origen a las cosas, en un proceso que debe repetirse una y otra vez infinitamente, de manera que lo observamos en las palabras del autor:

Ahora muero y desaparezco, dirías, y dentro de un instante seré nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos. Pero el nudo de las causas, en el cual yo estoy entrelazado, retorna, — ¡él me creará de nuevo! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno (Nietzsche, 1885, p. 139).

Esto parece confirmar que el eterno retorno es la reivindicación de la vida en relación con todos los objetos y, la temporalidad que de ella emanan lo que hace que el instante se repita indefinidamente, que solo es posible en la percepción del suprahombre y la voluntad de poder, que reclama la transmutación de los valores aceptando la vida tal cual es.

No obstante, es necesario aclarar que Nietzsche no espera hacer una doctrina, no declara una verdad, por eso habla en aforismos, un ejemplo de estos es su libro *Así hablaba Zaratustra* donde afirma que los poetas mienten demasiado, sin embargo, dice allí mismo que aprecia más a los que escriben que a los que leen, además de considerarse un poeta por su escritura rica en figuras, a su vez cree que la mentira vive en la simulación que del mundo hacen las palabras, por ende, está sostenida por el mismo logos. Ahora se puede dilucidar su lenguaje metafórico, siendo este un elemento de entendimiento, porque si el hombre es el “puente para llegar al suprahombre” que se reclama con la vida, el lenguaje, aquel que quiere dictar verdades absolutas también debe cambiar, de ahí que confirma que las verdades absolutas son falsas, inexistentes, pertenecientes al paradigma racional, religioso y ético, criticado por el filósofo; del cual se infiere que la palabra debe accionarse desde el acontecer de la vida, en el que la metáfora al ser inconcebible como verdadera, se acepta como descripción de la realidad que deja la posibilidad de múltiples interpretaciones, así que no es reclamada como verdad absoluta, de ahí expresa: “ Toda metáfora intuitiva es individual y no tiene otra idéntica y, por tanto, sabe escaparse siempre de toda clasificación” (Nietzsche, 1873, p.7). Más adelante, en el mismo discurso afirma “el endurecimiento y la petrificación de una metáfora no garantizan en modo alguno ni la necesidad, ni la legitimación exclusiva de esa metáfora” (Nietzsche, 1873, p. 8).

En síntesis, Nietzsche parte de la muerte de Dios y el nihilismo activo para proponer su filosofía de vitalismo, en la que muestra cómo la realidad se puede explicar solamente si se observa desde lo real, es decir, desde la vida, de ahí se da valor a los conceptos que hacen parte de la realidad, siendo el hombre protagonista en la creación y ejecución de sus valores, a partir de la voluntad de poder que reafirma la vida desde el deseo mismo de ser y querer. En ese sentido, cada objeto del mundo metafísico en el cual se basaban las doctrinas humanas quedan obsoletos, de modo que la vida es vista y toma valor desde su parte biológica e instintiva, aceptando que es tanto creación como destrucción, aquella tensión de contrarios que se retoman en los valores de la tragedia griega. Se debe agregar que el hombre nuevo que aparece desde la muerte de Dios —creador de sentido—, es consciente del eterno retorno de las cosas que de manera incesante se repetiría en la medida de la necesidad de factores infinitos y finitos para la ejecución de las acciones, devenir que se da al no ser el tiempo lineal como lo refiere el racionalismo (Nietzsche, 1885).

Lo dicho hasta aquí infiere el anuncio de un hombre nuevo con un paradigma construido por él, desde la relación con lo real y su autodirección, no obstante, con la convicción de que la vida es el absoluto y en ella misma reside el espíritu, la libertad se encuentra en ella. Todo lo anterior parece confirmar que se hace una crítica a todo el acervo occidental,

aquella tradición que construye su mundo a partir de inexistentes, que antepone el adormecimiento de los humanos a su vitalidad, en un mundo de innovación científica, en el surgimiento del positivismo, oponiéndose a aquello rigurosamente racional proponiendo un resurgir del humanismo donde el artista a partir de la experiencia describe el mundo y lo entiende, porque allí donde la moral no ha sido congruente por ser impositiva desde lo suprasensible, el hombre genera sus valores desde el vitalismo.

Todo parece confirmar que la idea de verdad fija y estable desaparece en el suprahombre, porque “las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora consideradas como monedas, sino como metal” (Nietzsche, 1873, p. 6). Puesto que existen solo interpretaciones infinitas a un mismo hecho, se convierte en una realidad dinámica al comprenderse a partir de juicios; en esa medida la interpretación debe ser transversal a la vida apropiándose de sus características, no a la idea. Sin lugar a dudas “ya le cuesta trabajo reconocer ante sí mismo que el insecto o el pájaro perciben otro mundo completamente diferente al del hombre y que la cuestión de cuál de las dos percepciones del mundo es la correcta carece totalmente de sentido” (Nietzsche, 1873, p. 8).

De tal forma, en la medida que el hombre tenga conciencia de su ser corpóreo y sus relaciones con el mundo, será capaz de cambiar su contexto, siendo esta la verdad que se imponga en la adquisición de nuevos valores que vitalicen su existencia por medio de la misma vida, es el “transformarse” de ser un camello con una gran carga que lleva siglos de imposición, que le impide caminar por la aceptación sumisa de los valores cristianos y racionales a un león que se libere de esa atadura, son las cadenas de una falsa moral que lo encarcela, para que cuando ya sea un espíritu libre se convierta en un niño que vive la vida con el fulgor desde la aprobación de su corporeidad y la interpretación del mundo que lo rodea (Nietzsche, 1885), cerrándose a vivir en medio de las mentiras de los juicios externos que lo lleva a estados suprasensibles, que no le dejan crear su verdad, ser acreedor de su autonomía, ni conducir su propia vida.

El destino no puede ser otro sino **ser** en el mundo, conscientes de que vivimos y despertamos del sueño suprasensible, haciendo de nuestro entorno sensible la razón suficiente para vivir en todo el sentido de la palabra, ser el poeta creador de metáforas que construye su mundo, su sentido expreso sin prejuicio, porque aunque “los poetas mienten demasiado” (Nietzsche, 1885) el mismo Friedrich era un poeta, aquel artista que interpreta y crea por lo cual expresa: “He aprendido a andar: desde entonces me dedico a correr. He aprendido a volar: desde entonces no quiero ser empujado para moverme de un sitio” (Nietzsche, 1885, p. 23). A su vez, percibe aquella concepción mundana puesto

que “aquel «volar», el «vuelo» que los poetas describen tiene que parecerle demasiado terrestre, muscular, violento, demasiado «pesado»” (Nietzsche, 1886, p. 38). Lo anterior, al mismo tiempo que se reconoce a sí mismo y tanto a sus alcances como limitaciones: “Desde que conozco mejor el cuerpo [...] el espíritu no es ya para mí más que un modo de expresarse; y todo lo ‘imperecedero’ —es también sólo un símbolo” (Nietzsche, 1885, p. 78). Por último, sin dudar en ningún momento de la majestuosidad del mundo físico, pese a que por ignorancia se le quieran atribuir elementos inapropiados a ella dentro de la concepción abstracta de las personas “pues aquí, como en todas partes, «la naturaleza» se muestra tal cual es, con toda su magnificencia pródiga e indiferente, la cual nos subleva, pero es aristocrática” (Nietzsche, 1886, p. 54).

Para concluir es importante señalar que pese a las críticas hechas al autor por las distintas interpretaciones, a pesar de ser el solitario que rechazaban porque su filosofía era un martillo que no se detenía ante ningún prejuicio, ni siquiera ante la amistad, su legado es apasionante; acercarse en el mundo actual a su pensamiento es tomar una panacea, porque con todo y los cambios tecnológicos que hemos tenido seguimos enfermos de falta de originalidad, de monotonía y doble moral, de Apolo, las costumbres y las religiones por tradición, la justicia usa una venda en los ojos y se aprovecha de ella, se cree en valores que no tienen que ver con la vida, aún se reza, se hacen maleficios, los líderes que representan la sociedad creen en magia, se paga penitencia para que las fuerzas sobrenaturales no castiguen, se es indulgente con los actos, gregarios incapaces de hacer diferencia para vivir una vida propia, se teme demasiado y no precisamente a lo natural. Sin embargo, en ocasiones quienes están hastiados de todo pueden dejar de “succionar el seno lacerado de la vieja ramera” (Baudelaire, 1855, p. 15) y encontrar que observamos:

Qué difícil es caminar entre la gente
Y simular que no se ha muerto
Y en este juego de trágica pasión
Confesar que aún no se ha vivido.
Y escrutando en la nocturna pesadilla,
Encontrar el orden como un desordenado torbellino
Para que en el inexpresivo resplandor del arte
Descubramos el mortal incendio de la vida. (Blok, s. f.).

Y de ahí saltar a un nuevo mañana en espera que el dogma cambie la realidad, se creen dioses y se busquen bendiciones sin aún reconocernos a nosotros.

TRANSMUTACIÓN DE LOS VALORES

En el transcurrir de la historia la protagonista debe ser la vida, ya que a partir de ella nos construimos en el universo, pues si bien la razón puede anticiparnos el mundo, la sensibilidad nos introduce en el mismo mundo, de ahí que Nietzsche (1887) sostenga que Dios es el mismo creador del mal. Por lo tanto, este ser suprasensible es el culpable del accionar del hombre dentro del imperativo hipotético, puesto que el sujeto se anticipa a las consecuencias. Es así como el filósofo se declara inmoral desde muy temprana edad, aquel vitalista que propone el obrar a partir de un imperativo categórico antikantiano, donde la acción se decide desde la subjetividad que enaltezca la vida y no la racionalidad.

Antes de profundizar en el tema de los valores, es necesario tener en cuenta el contexto histórico de Friedrich Nietzsche, ya que su filosofía es significativa con los hechos póstumos que suscitaron un cambio de mentalidad pasiva a una activa dentro su nación, ayudando a comprender los alcances de esta.

Ahora, se debe considerar la evidente unificación alemana en la cual el orgullo ario impera tras un discurso que ratifica un poderío reconocido y sustentado desde el desarrollo del pensamiento nacionalista, donde a partir de Darwin y la selección natural su repercusión se podría interpretar por algunos personajes en el anhelado hombre superior que domine a los serviles.

Por supuesto que Alemania tiene sed de poder, su filósofo encuba al suprahombre pese a los fuertes quebrantos de salud, por eso, lejos de pensar que el autor de *Voluntad de Poder*, si bien no predecía con exactitud las repercusiones de su obra, sí tenía algunas nociones del reconocimiento que tendría paradójicamente después de su muerte, se evidencia en las posteriores interpretaciones de su filosofía por la Alemania Nazi, cuya influencia termina en una crisis de valores con una singular violación de derechos humanos, pero no con el nacimiento del suprahombre.

Hecha esta salvedad, el autor alemán pone sobre la mesa las situaciones que interpreta a partir de su filosofía vitalista, para así hacer frente al auge del positivismo que postulaba a la razón como lo verdadero y restaba importancia a la vida y su sensibilidad, anteponiendo toda una crítica a la cultura occidental instauradora de los valores comprendidos

desde una perspectiva impositiva que mantiene a los sujetos como miembros de una sociedad gregaria, dormidos ante los poderes dogmáticos de la época, anhelando planos metafísicos que hacían de la moral una práctica servil, sin convicción de una realidad que naciera a partir de la vida misma, sino por el contrario de lo suprasensible, concebido desde la abstracción de objetos irreales, un algo falto de existencia pero dado por hecho al pertenecer al imaginario colectivo, donde el imperativo categórico terminaba siendo impuesto también por aquellos planos metafísicos no alcanzado; es más, indubitablemente inalcanzables en la actualidad, porque hoy se vive aún la crisis de los valores, en vista de que habitamos una orbe donde se compra subjetividad con manipulación mediática. De ahí que, si bien han cambiado algunos medios, el modo sigue siendo el mismo y se conserva aquel modelo de dominación pastoril (Foucault, 1983).

En este orden de ideas, Nietzsche reconoce que los individuos de la sociedad deben apropiarse de la vida, convirtiéndose en protagonistas de su realidad por medio de la sensibilidad para ser el producto de la voluntad de poder que emana de su vitalidad, de modo que construya sus valores desde su propia convicción. La propuesta es ser los creadores del sentido basados en lo real usando la sensibilidad, dejar de lado los valores instaurados por los discursos de poder que defienden lo metafísico, siguiendo la nueva moral que el individuo como sujeto autónomo forje para sus propios pasos por el mundo. De eso se trata la transvaloración, no es vivir sin valores por la caída del dogma, es crear a partir de esta la realidad acorde con la naturaleza humana desde la vida misma, de manera que en el actuar no se hace un seguimiento de normas, sino una armonía natural que enaltece la existencia, resultado significativo del nihilismo activo desde aquella instauración de la realidad que reposa en los valores reconocidos por el propio hombre desde su vitalidad.

Dado que Nietzsche no buscaba crear un nuevo dogma, de forma intempestiva reconoce su aporte a la filosofía sin concebirse como instaurador de nuevas creencias, sino como crítico de la cultura occidental desde la sospecha para darle una vía a una conciencia genuina, como lo expresa a continuación:

Yo conozco mi destino. Un día mi nombre irá unido a algo formidable: el recuerdo de una crisis como jamás la ha habido en la tierra, el recuerdo de la más profunda colisión de conciencia, el recuerdo de un juicio pronunciado contra todo lo que hasta el presente se ha creído, se ha exigido, se ha santificado. Yo no soy un hombre: yo soy dinamita. Y a pesar de esto, estoy muy lejos de ser un fundador de religiones. Las religiones son cosa de la plebe (Nietzsche, 1889, p. 46).

No obstante, es de resaltar que Nietzsche propone una nueva conducta para todos los hombres a través de esas palabras accionantes, pese a esto, es bien sabido que no todos comprenderán el modo en que él interpreta su paso por el mundo, así que sabe que seguirán existiendo amos y serviles, porque como lo expresa en sus fragmentos póstumos “un mismo texto permite incontables interpretaciones: no hay una interpretación *correcta*” (Nietzsche, 2006, p. 1). Teniendo en cuenta que las interpretaciones son distintas en cada sujeto, anuncia que con su filosofía de la transvaloración la historia de su nación obtendrá un giro radicalmente significativo, aunque el filósofo no conocía con certeza, solo con conjeturas la magnitud de sus alcances.



De otra parte, Friedrich describe que las nociones de “bueno” o “malo” deberían estar guiadas por la vida del hombre, es decir, que el instinto vendría a ratificar los nuevos valores dentro del reconocimiento de la humanidad.

Sin embargo, a través de los conceptos cristianos se ha negado la vida encontrando que la compasión es más valorada, porque la debilidad hace parte de actuar moralmente creando un juicio negativo ante los actos naturales, aquellos que son propios de la existencia como seres mundanos, entonces se obliga al sujeto a ser enemigo de su propia vida, un rencoroso consigo mismo por desear y tener pasiones (Nietzsche, 1887).

En particular, el filósofo alemán critica al cristianismo puesto que profesa la práctica de la compasión que conduce a un amor lastimero haciendo que se “agache la cerviz”, negando la percepción de los sentidos, clausurando la existencia de las sensaciones del cuerpo para buscar comportamientos morales según el criterio de la religión, así que anula al ser humano como sujeto dueño de su propio sentido limitando sus acciones significativas, que dan a luz a la voluntad del poder.

Así mismo, sin un equilibrio entre lo apolíneo y lo dionisiaco, perteneciente a un rebaño la conducta del hombre va a estar ligada a un engañoso imperativo categórico introducido por la religión, puesto que su subjetividad ya está deteriorada por los conceptos tradicionales impuestos que niega la naturaleza, de manera que expresa: “¡Es la falta de naturaleza, es el hecho espantoso de que contra la naturaleza misma ha recibido los honores supremos bajo el nombre de moral, y haya estado suspendida, sobre la humanidad como su ley, como su imperativo categórico! [...]” (Nietzsche, 1889, p. 49).

Por otro lado, Nietzsche reflexiona sobre las influencias de la humanidad en cuanto a su comportamiento de la siguiente manera:

Los maestros, los guías de la humanidad fueron todos ellos teólogos, fueron también todos ellos decadentes: de aquí nace la transmutación de todos los valores en una enemistad contra la vida, de aquí nace la moral [...]. Definición de la moral: la moral es la idiosincrasia de los decadentes con la intención oculta de vengarse de la vida, y esta intención ha sido coronada por el éxito. Yo atribuyo mucho valor a esta definición (Nietzsche, 1889, p. 49).

Algo semejante ocurre cuando se mencionan las tradiciones occidentales, se debe hablar también de los hombres que hacen posible la justificación de tal acervo, se observa que la negación de la vida ha estado presente desde hace mucho tiempo. Entre tantos, por ejemplo, Platón describe que el cuerpo es la cárcel del alma, hace escapar de la aceptación para repudiar el cuerpo y sus sensaciones. Puesto que este ya tiene un referente negativo, es una prisión y el olvido de todo lo que conocemos; más adelante, con Aquino se tuvo en cuenta la razón y la sensibilidad del cuerpo, pero la idea de un alma que se une con una deidad, como único ser necesario, dejando nuevamente al hombre

en un lugar vacío y sin sentido. Empero, estas ideas nos persiguen desde hace siglos, así como las creencias creacionistas fantásticas que atribuye a fuerzas superiores todo aquello que no se puede explicar, entonces se acepta el dogma como el alimento para un espíritu que necesita de la imaginación y la histeria colectiva para subsistir, engrandecerse y cerrar las posibilidades de la realidad, asumiendo que cada sensación y deseo del cuerpo son producto de este ente suprasensible, por lo tanto, hay una tendencia que fuerza al hombre a anularse a sí mismo como creador de sus pasos por medio de su convicción, pasión o virtud que proyecta los valores intrínsecos de su vida.

Para ilustrar mejor, con un caso cotidiano se describe aquella situación en que si se desea a una persona sexualmente de manera obsesiva, es correcto decir que es producto de un amor apasionado, entonces empieza una idealización de su obrar y su pensar, sintiendo atracción por cada cosa que lo representa, pero no se detienen a dilucidar que puede ser el llamado de la naturaleza para la procreación, o una simple necesidad de un animal social para la interrelación; por otro lado, si ese deseo se frustra por la no correspondencia del otro, entonces se sufre por amor y el desprecio se hace presente, el auto flagelo que conduce al resentimiento es constante y culpabiliza desde el Dios en el que cree, hasta el cuerpo que no fue lo suficientemente atractivo para llamar su atención, además de subestimar las características personales que sin ser lo suficientemente osadas no alcanzó el objeto de sus deseos. Con todo esto, conforme a la instrumentalización a la que somete el otro por alcanzar satisfacción propia, las personas creen en todo este castillo de metáforas que hacen realidad su mundo de fantasías. Tal vez por eso el amor no nace en los humanos pese a las insistencias del individuo por obtenerlo sin realmente conocerlo, quizás el amor hace parte de la virtualización del hombre que inicia con el lenguaje, de aquel imaginario que niega el cuerpo porque no es lo suficientemente puro para ser como Dios, ni lo justamente instintivo para ser un animal sin prejuicios.

Lo dicho hasta aquí supone que el sujeto humano es moral dentro de la tradición cristiana, cuando niega su cuerpo y cultiva un espíritu que anula su naturalidad, haciéndolo actuar como un ser guiado por la razón y los preceptos de las ideas que ahogan su mundanidad, como es convencido que en esta negación de su corporeidad, su sensibilidad o sus deseos hace el bien, porque se convierte en alguien virtuoso, enfocado a las “verdades absolutas”, no acepta sus pasiones o las debe denominar de una manera virtual, para que sean aceptadas socialmente y relacionadas con Dios, entonces la existencia del hombre sensible se ve agazapada por las cadenas del dogma y las creencias de un cuerpo piadoso, que exige asfixiar cualquier impulso del hombre que ponga en duda su acervo religioso y cultural, que se disfraza tras un discurso de dominio con el fin de sostener un poder eclesiástico, mientras el desdén invade la vida que se desangra poco a poco hasta extinguirse.

En este orden de ideas, como Dios, el bien y la verdad hacen parte del discurso que construye los valores que sigue el hombre, tal vez sería necesario restarles importancia a dichos valores establecidos por la cultura occidental, de modo que pierdan validez para poder consolidar una transmutación de los valores, puesto que si se destituyen debemos superarlos hacia otros, como una nueva forma de reconciliarse con la vida que ha estado carente de sentido por la condena a la que ha sido sometida la existencia, igualmente el sujeto será capaz de emanciparse para caracterizar su propia moral, solo así, en esta transvaloración la realidad que había sido negada tras las creencias metafísicas, se levantará como voluntad de poder descubriendo su propia esencia cuya naturaleza es cambiante dada al devenir.

En síntesis, aquel hombre que se liberó con la muerte de Dios, a través del asesinato que él mismo cometió, despertó a un mundo sensible cuya realidad tuvo que desvanecer todo rasgo suprasensible; por supuesto que quedó de cara al vacío en un nihilismo que decidió convertir en activo para dinamizar su realidad, dadas las circunstancias abrió los sentidos a un lugar sin justificaciones aparentes de su mundo, puesto que empezó a sentir a través de él mismo su existencia.

Ahora bien, sin los códigos de comportamiento netamente racional y restrictivo, otorgados por la religión, se ve en la tarea de crear y apropiarse de sus nuevos valores nacidos desde una visión sensible que se reconcilia con su vida, así se desata de las cadenas dogmáticas que lo tenían en un sin ánimo de vivir su mundanidad, con todo lo que esta implica (sufriamiento, alegría, deseo, pasión, etcétera), por lo tanto, al ser quien transmutó sus antiguos valores por unos nuevos y equitativos, con su propia naturaleza dentro de las posibilidades humanas de finitud, temporalidad o propensión, es el forjador de su realidad que en esencia es voluntad de poder dinámica que se articula a sí misma, entregándose significado sin negar sus deseos y pasiones, características que al ser vividas se convertirán en virtudes desde el mismo equilibrio que le brinda incorporar lo dionisiaco a su apolínea vida.

Para concluir, es evidente que el filósofo buscaba rescatar al hombre del letargo dogmático que lo encadena a su cultura, a lo largo de su historia, con la convicción que si le mostraba un camino más humano en el sentido de ser parte del mundo que habita y congruente con la vida, lo sincero y lo sensible lo llevaría a ser un individuo con significado empoderado de sí mismo, dueño de su realidad, a través de su creación como ser autónomo que debe ser y hacer en su contexto usando su intuición con la convicción que existe en el mundo, siendo capaz de superar cada situación que se presenta, puesto que es consiente que si vive, debe hacerlo con todo el ánimo que esto implica, por eso la transvaloración le da una identidad desde la perspectiva constitutiva de ser *humano*, porque al crear la moral que su voluntad proyecta está encontrando su naturaleza y hace de su vida una creación que lo reconcilia con la existencia.

RECUPERACIÓN DE LA FILOSOFÍA DE NIETZSCHE HACIA UNA VISIÓN VITALISTA EN LA ACTUALIDAD

En un mundo de verdades metafísicas, solo hacía falta una crítica a la cultura occidental instauradora de este precepto, en un tiempo de total sumisión y calma, aceptación o tal vez un desdén hacia la vida donde nada ocurre y se niega la posibilidad de ser en la Tierra, por una voluntad dormida por temor a vivir una propia sensibilidad que confluya en sufrimiento, puesto que caracteres individuales atan la voluntad a su acervo haciendo que la libertad tenga una caída libre para empezar a caminar al lado del rebaño. Sin embargo, podría ser que algunos hombres observen su paso por el mundo con la siguiente perspectiva: “La vida de la mayoría no es más que una perpetua lucha por la existencia misma, con la certeza de que al final la perderán. Pero lo que les hace perseverar en esa lucha tan penosa no es tanto el amor a la vida como el miedo a la muerte” (Schopenhauer, 1819, p. 180). Posición criticada por Nietzsche, puesto que la visión de Friedrich era vitalista y no pesimista: la vida se constituye tanto de placer, como de dolor.

De manera que, en esta crisis de valores en una humanidad de rebaño, la moral no es más que un esquema a seguir para evitar la exclusión y el castigo, por lo pronto nace quien “filosofa a martillazos” siendo esta una auténtica forma de renunciar a lo establecido, a aquello que niega la vida para confrontar a la humanidad y decir sin tapujos lo que nadie se atreve. Por eso Friedrich Nietzsche no se adelantó de época, estuvo en el momento justo para que su filosofía diera un giro a la historia y recobrara vida sin la promesa metafísica popular que excluye la corporeidad. Así las cosas, vemos cómo el filósofo alemán rescata lo vital de la cultura griega presocrática donde la aceptación por la vida sin el prejuicio hacia el sufrimiento o el placer, no detienen al hombre para actuar y crear su propia realidad, un justo equilibrio entre Dionisio y Apolo, que se muere con Sócrates cuando instauró la razón por encima de lo sensible, algo que después ratifica Platón despreciando el cuerpo por ser el sepulcro del alma. De ese modo se construye la moral desde planos intangibles negando las sensaciones del cuerpo como auténticas (Nietzsche, 1889).

Como resultado se tiene que el hombre se haya olvidado de su humanidad, es decir que ha hecho de su virtualidad un elementopreciado puesto que lo aleja de lo real, por lo tanto, al negar su mundanidad como si esta fuera vergonzosa se encierra en la cultura despreciativa de sí mismo. Desde luego que vive en un mundo con una moral cuestionable cuando la virtud inculcada por su tradición le dicta que debe tomar una actitud distinta a la que emana de sus deseos; producto de desechar las sensaciones que nacen desde su corporeidad. Por otro lado, es posible dilucidar las imprecaciones que se pueden tejer por tal represión, de manera que al enfrentar su racionalidad y su instinto prefiere ocultar sus verdaderas intenciones, para no ser juzgado terminando en comportamientos falaces que implican lo que muchos llaman doble moral. Pero renunciar a sus propias sensaciones por no ser excluido es una evidente moral de esclavo, se subestima a sí mismo y a sus facultades de crear su realidad, proporcionándole un sentido original a su vida quedando subordinado al poder de turno que le dice qué hacer, así en contraposición se ve que “[...] «hay que luchar contra los instintos» representa la fórmula de la decadencia. Cuando la vida es ascendente, la felicidad se identifica con el instinto” (Nietzsche, 1889, p. 11).

Habría que mencionar también que debe producir desconfianza para la cultura occidental —en especial para el cristianismo— una propuesta como la de Nietzsche, quien acusa a todos los hombres del crimen infame de asesinar a Dios como lo afirma en la *Gaya Ciencia*, dejando a los hombres desprovistos de lo magnífico y el abrigo de lo suprasensible que los cubre de la penosa situación, que los desgarran por pensar que no hay nada más allá, deduciendo posteriormente: “¡Y todo el que nazca después de nosotros pertenecerá, en virtud de esta acción, a una historia superior a todo lo que la historia ha sido hasta ahora!” (Nietzsche, 1882, p. 81). Dada esta situación, era necesario ensombrecer con prejuicio las blasfemias del filósofo.

Acorde con lo anterior se observa que Nietzsche asesina a Dios de manera metafórica, puesto que es evidente que no cree en él, pero asume que es necesario que el hombre se deshaga de Dios para que quede en el vacío absoluto, en un sinsentido por la pérdida del significado que se ha construido durante el espaciotemporal que ha habitado, en un nihilismo donde pueda decidir crear su realidad y liberarse de sus cadenas culturales. Esto queda implícitamente claro con el dardo número siete en el *Ocaso de los ídolos* cuando cuestiona: “¿Es el hombre tan solo un error de Dios? ¿O es Dios tan solo un error del hombre?” (Nietzsche, 1988, p. 3), luego de la muerte de Dios creador y dictador, una de las bases fehacientes de la cultura occidental es que el hombre se afronte a la nada, es el momento de abrirse a un nihilismo activo que dinamiza su entorno para construir su propia historia.

Acto seguido, el sujeto humano al no estar subordinado por las normas que lo encadenan, se legislará a través los nuevos valores que él mismo instaura mediante su propia conciencia, abriéndose a la transvaloración, siendo el dueño de su vida usando la intuición en una justa armonía entre el mundo apolíneo y el dionisiaco, donde el hombre prejuicioso y de apariencia para encajar en una sociedad gregaria se ha ido, dando paso a un ser creador de sentido por medio de su voluntad de poder que acepta su mundo sensible con penas y glorias por igual, por lo tanto, es consciente del devenir de la vida.

Grosso modo como resultado de esa transformación que describe en *Así Habló Zaratustra* esboza que, del camello con la carga de su cultura a cuestas, el hombre se convierte en León que no se deja someter y rompe su yugo, para finalizar siendo un niño que acepta la vida sin prejuicios y en libertad porque no se detiene y crea su realidad, es decir su sentido (Nietzsche, 1885).

Lo dicho hasta aquí es una evidencia de que la humanidad se ha alejado de lo natural, es decir, de su vitalidad por medio de su cultura, la cual constituye el sistema en el que el hombre reinventa su realidad olvidándose del mundo al que pertenece, y que el filósofo alemán está dispuesto a recuperar. Así las cosas, el hombre cambia lo existente por lo virtual, al no aceptarse como organismo mundano poseedor de sensaciones que lo acercan a la magnificencia de la naturaleza, en este caso es:

⋮ Hundirse en su ocaso quiere vuestro sí-mismo, y por ello os convertistéis vosotros en despreciadores del cuerpo. Pues ya no sois capaces de crear por encima de vosotros. Y por eso os enojáis ahora contra la vida y contra la tierra (Nietzsche, 1885, p. 19).

Claramente si el cuerpo es portador de necesidades básicas para la vida, es subestimado dejándolo bajo prejuicios que necesariamente deben ser abolidos. De manera que se evidencia que todo lo que tiene que ver con lo físico es causal de desprecio e imperfección, al no entrar enteramente en el control del mundo racional, dicho en otras palabras, el mundo ideal que imagina el hombre desde su cultura donde el cuerpo y sus necesidades son olvidadas, por lo tanto, los instintos son negados de forma radical. Con todo, debemos rescatar nuestra vitalidad y nuestro cuerpo porque “el cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor” (Nietzsche, 1885, p. 18). Así que los hombres son habitados por un espíritu que llega a contener todo lo que necesitamos sin requerir de seres metafísicos que pertenecen al imaginario, siendo este espíritu la propia vitalidad.

Dicho lo anterior, se observa que los sujetos están sometidos a mecanismos que controlan sus emociones mediante el poder mediático que se encarga de mantener el orden social, político y económico, de manera que la voluntad de los individuos es supeditada y estos terminan cayendo en las cadenas del mundo moderno sin poder de decisión, por tal motivo, el ser humano de hoy no ve, no oye, no habla, pero tampoco siente el yugo al que es sometido por medio de su mundo virtual al que lo ha conducido su cultura, simplemente porque sus sentidos han entrado en estado de catatonia por el ensueño perfecto de un imaginario colectivo, que no es más que el poder de un sistema que alberga una vida gregaria para la mayoría de humanos que no son capaces de reivindicarse con la vida y crear su realidad a partir de sus propios criterios, entonces se está frente al sujeto “sujetado” del que nos habla Foucault, con una subjetividad entregada al sistema que lo mantiene controlado como un simple engranaje más.

Finalmente, deberíamos preguntarnos de vez en cuando sobre la escala valorativa de nuestra existencia, porque tal vez vivimos sin vivir, es decir, nos preocupamos tanto por alcanzar unas metas que nos fija el entorno para que seamos útiles a un sistema que nos anula como seres humanos y nos instrumenta para sus propios fines, en esa medida vivimos para lo virtual y morimos para nuestra realidad, nuestra naturaleza y, en ese orden de ideas sucumbimos para nosotros, para nuestras sensaciones, además nos quedamos sin objetivos propios, sin posibilidad de creación a partir de nosotros mismos. Por lo tanto, si reflexionáramos ¿Será posible que el hombre deambule por el mundo sin procurarse su propia vida? Podríamos afirmar que es evidente, en primera medida el hombre camina sin reconocerse como ser vital por no aceptar sus instintos, sus pasiones y reprimir sus deseos sin armonizar su razón y su cuerpo, en segunda medida porque va adoptando las necesidades que las instituciones a las que pertenece le tienen como objetivo para ser una persona que le sirva al sistema para mantener el *statu quo*, de manera que nacen sus requerimientos metafísicos, conceptuales, económicos e ideológicos acorde a los valores de la tradición en la que se desenvuelve sin tener en cuenta su criterio o intuición, aunque nuestra cultura rica en cuanto al arte y la tecnología se refiere, también lo es en corrupción. Pero tenemos vida para renunciar a las imposiciones y dejar de ser autómatas recuperando la subjetividad que ha quedado sumida bajo la moda, las estadísticas que hacen que el arte pierda su significado y que nosotros perdamos nuestra existencia desde el momento en que nos convertimos en seres del rebaño, por supuesto que no se trata de dejar de ser quienes somos, ni de abandonar la convicción, se trata de reinventarnos aceptando nuestra humanidad y la humanidad del otro, dejar de actuar por tradición y accionarnos desde la conciencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baudelaire, C. (1855). *Las flores del mal*. Editorial Skla.

Blok, A. (s.f.). Qué difícil es caminar entre la gente. *A media voz*. <http://amediavoz.com/blok.htm>

Foucault, M. (1983). El sujeto y el poder. *Revista de Ciencias Sociales*, 11(12), 7-19.

Nietzsche, F. (1873). *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. Editorial Tecnos.

Nietzsche, F. (1882). *De La Gaya Ciencia*. Biblioteca Edaf.

Nietzsche, F. (1885). *Así habló Zaratustra*. Alianza Editorial.

Nietzsche, F. (1886). *Más allá del bien y del mal*. Gradifco.

Nietzsche, F. (1988). *El Ocaso de los Idolos (o cómo se filosofa a martillazos)*. Biblioteca Edaf.

Nietzsche, F. (2006). *Fragmentos póstumos (1885-1889)*. Editorial Tecnos.

Schopenhauer, A. (1819). *El mundo como voluntad y representación*. Rebeliones. <http://juango.es/files/Arthur-Schopenhauer---El-mundo-como-voluntad-y-representacion.pdf>